

# Roberto Ransom

## De grietas y colapsos

Ana García Bergua

Entre los narradores de la generación nacida en los sesenta, Roberto Ransom destacaría como un escritor al que quizá no se le ha prestado suficiente atención, no sé si por el hecho de radicar en Chihuahua desde hace muchos años, lejos de nuestro centralismo chilango, o por su estilo más afín a la narrativa anglosajona de la raigambre de Virginia Woolf y Henry James. Autor de más de una docena de libros, entre novelas, relatos y ensayos —entre ellos *Historia de dos leones*, *La línea del agua* y *Te guardaré la espalda*— este narrador nacido en la Ciudad de México en 1960 desarrolla en su obra un estilo de resonancias que, más que decir, sugiere. Así, sus novelas y relatos no son tanto la sucesión de ciertas acciones acomodadas de maneras diversas (una especie de gimnasia narrativa muy en boga, que corre el riesgo de esconder tras el embrollo formal la falta de fondo), sino el desarrollo de un clima emocional a partir de una situación que parece complicarse desde adentro, desde su mismo comienzo. En su último libro, *Vidas colapsadas*, cuyos extensos relatos, en su mayoría, son casi novelas cortas, esta regla se cumple de manera especialmente inquietante. En efecto, en los relatos de Ransom existe el fondo trágico de la predestinación y la fatalidad, contrapuestas a una fe que se agarra de lo que sea para sobrevivir.

Como su nombre indica, los cuentos de *Vidas colapsadas* giran alrededor de existencias en crisis, truncadas o señaladas por acontecimientos que las marcan, las cortan, y hacen surgir en ellas reacciones, rebotes, crisis, si bien en diversas intensidades. Uno de los que me parecen más poderosos es “Vientos nuevos”, que cuenta los días que pasa una familia encerrada en una casa en Chihuahua durante una feroz tormenta de arena. Los rituales y los juegos familiares para defenderse del viento y la arena que se cuela por todos los resquicios son, simultá-

neamente, una defensa esperanzada de la integridad ante el desastre y al mismo tiempo una afirmación de la posibilidad de la destrucción, siempre a la vuelta de la esquina. Como la arena que insiste en acumularse, los pequeños actos de la familia van construyendo una cotidianidad absurda, pero resistente, una metáfora del tiempo.

En “El reloj de Raleigh”, el cuento que da inicio al volumen, esta misma sensación de desazón ante lo inevitable se da en la relación entre un joven y su abuelo: el joven acude diariamente a conversar con el abuelo para ayudarlo a escribir su autobiografía, pero el abuelo se resiste a que en ella figuren las experiencias de su propia juventud que son tan traumáticas para él como necesarias para el nieto. Sin embargo, la presencia ominosa de la historia pasada aparece desde el principio como una mancha que le va quitando el sentido al hecho de escribir la autobiografía, hasta que al final nos damos cuenta de que el hecho de revelar al nieto un hecho terrible es ya, de alguna manera, contagiarlo de su propia que provoca.

Asimismo, “Lecciones de incendio” habla del inquietante fenómeno de la combustión espontánea, el cuerpo que de repente se puede incendiar, como una propensión física y también como un deseo y una amenaza perpetua. El que le ocurra a la antigua catequista del personaje le da una serie de significados al fuego que también es el de la fe y el de la castidad mantenida para no incendiarse.

Las vidas colapsadas en este volumen extienden sus fracturas hacia los espacios que habitan sus personajes: espacios físicos como la playa, en “Pánico a la superficie”, donde un hombre lucha entre la memoria y el deseo en el linde con el mar y con la muerte, en “Los infiernos del ingeniero Virgilio Heinz”, en el que la sospecha de la presencia del submarino Kursk (desaparecido en Rusia) en la mina colapsada de Pasta de

Conchos, deforma la tragedia hasta convertirla en una especie de alucinación, en la que la mina y el río subterráneo se convierten en una transfiguración del infierno y el río de Dante.

También los espacios físicos del cuerpo son intervenidos en estos cuentos, de maneras que ponen en cuestión el tema de nuestra sacralidad y nuestros deseos. Un ejemplo de ello más bien siniestro sería “Nombrar los rostros”, que plantea el enigma de unas fotografías, presentes en el despacho de un arquitecto que toma terapia telefónica, en las que una mano anónima recorta los rostros, dentro de una especie de pesadilla cuya explicación roza lo patológico. Otro caso sería “Pánico a la superficie”, en el que la erección con la que se levanta el protagonista parece guiar sus actos hacia una crisis de autodestrucción. Asimismo, “Los días sin Bárbara”, la crónica del intento de venganza de un arquitecto contra un fotógrafo que lo expone en el periódico de manera sesgada involucrándolo en un escándalo de corrupción, parte de la alteración de la imagen para construir una fábula del cansancio vital y el deseo prohibido por una mujer casi adolescente.

Estos cuentos de Roberto Ransom son una suma de colapsos, narrados con la precisión y la morosidad de quien cuenta, como decía al principio, de adentro hacia afuera: la respiración de los personajes, las parálisis y los miedos que se apoderan de sus voluntades, invaden al lector conforme avanza la lectura en medio de la morosa descripción de ambientes, lugares e historias paralelas. Una prosa densa, morosa y limpia que va invadiéndolo todo, igual a las grietas que se van extendiendo por una superficie, hasta dejarnos sin aliento. **U**

---

Roberto Ransom, *Vidas colapsadas*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 2012, 252 pp.